

## El noviazgo y la vida cotidiana

*Eduardo Martínez*

**E**l personalismo comunitario propone una concepción del hombre cuya base es la afirmación del dinamismo propio del ser personal humano. La libertad o indeterminación, la responsabilidad surgida de la apertura radical al otro hombre, el inacabamiento o «ser proyecto» dependiente del modo de adhesión a la realidad —tanto de los valores como de las realidades valiosas (principalmente de la realidad personal)— son los rasgos esenciales de tal dinamismo. Diferentes autores personalistas han resaltado cada uno de estos elementos. Emmanuel Levinas, por ejemplo, destaca el factor responsabilidad para con el otro hombre, y Max Scheler la objetividad o alteridad absoluta del valor. Mounier, por su parte, afirma que la persona es un «ser espiritual constituido como tal por una forma de subsistencia y de independencia en su ser, que es mantenida por la adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados y vividos en un compromiso responsable y en una constante conversión»; y con esto incide en que no podemos hablar de la persona como un ser acabado, sino como un ser en proceso, en «proceso de personalización». La persona humana es ya digna de modo absoluto, pero el cumplimiento de su esencia le marca un camino concreto cuyos caracteres generales ya hemos observado.

La expresión de la persona no se efectúa en el vacío, los contextos donde se lleva a cabo se pueden clasificar del siguiente modo: vida íntima, vida privada, vida pública. La vida íntima corresponde al ámbito más circunscrito a la persona individualmente tomada; pero lejos de ser la habitación «sin ventanas» que el indivi-

dualismo pretende, es el lugar propicio para el descubrimiento de nuestra identidad como apertura a la trascendencia (tanto projimal como divina). La vida privada se refiere a la amistad y a la familia como modos de relación primaria de la persona humana. La vida pública nos indica la necesaria expresión política del ser humano, su vinculación y responsabilidad para con el bien común.

En este momento nos interesa eminentemente el ámbito de la vida privada. Mounier califica esta esfera como «campo de ensayo de nuestra libertad», afirmando que su importancia es inmensa en cuanto constituye la plataforma desde la que la persona transita, en su proceso de personalización, de la abstención primaria de la intimidad al compromiso responsable con el bien de los otros hombres. Este tránsito es imprescindible para el correcto desarrollo de la persona, para su constitución de modo no egoísta.

Los tipos de relaciones insertos en lo que hemos llamado «vida privada» son la amistad y el amor, una combinación de los cuales conforma el noviazgo. El noviazgo designa el momento en el que una relación de amistad se ha profundizado hasta alcanzar el grado de amor. Si la relación amorosa no se asienta sobre esta base amistosa el amor surge del imperio de otro tipo de estímulos (físicos, materiales) cuya espiritualidad es menor; y, si no se alcanza de algún modo dicha amistad, la solidez de la relación será perentoria.

Afirma García Morente que la amistad consiste en un compartir la vida, en un auxilio mutuo entre los amigos con el fin de alcanzar las

metas respectivas. Sobre el amor dice que consiste en una «fusión», en un intento de integración de un amante en el otro, en la fusión de sus proyectos personales. Creo que subsiste en este planteamiento cierto romanticismo, incluso cierto platonismo, una comprensión estética del amor y una concepción mítica de la persona. Por una parte el amor sería una actividad humana que implicaría más el sentimiento que la responsabilidad moral; por otra, el ser humano sexuado (hombre y mujer) sería una derivación escindida de un estado original afortunado. Ya Platón —en el *Protágoras*— nos concebía como hermafroditas originales, cuya separación sexual origina el sentimiento del amor como medio de regresar a ese estado primario y verdadero.

El personalismo afirma que el amor nos vincula no sólo de modo estético, sino que nos implica de modo ético, sentimental y sexual, fundándose en la esencial respectividad del ser humano. Por otra parte se concibe a la persona como una realidad autónoma que se halla radicalmente abierta a la alteridad de los otros hombres. Esto indica que la meta del amor no es un modo de recobrar estado alguno de verdadera humanidad, sino la forma de cumplir fielmente la propia autonomía. En este y otros aspectos el personalismo afirma que la identidad del hombre se concreta al extrovertirse. Luego, en el caso de la relación amorosa, encontramos que la finalidad se halla en la consecución de la mutua realización como personas: el fin del amor para el personalismo es la mutua personalización de los amantes y no su disolución en una impersonal comunidad.

Ya más centrados en nuestro tema hemos de observar entre qué parámetros se efectúa el día a día, la cotidianidad del noviazgo. Nos damos cuenta de que, como todo fenómeno, posee su tiempo y su espacio, como todo lo humano no está exento del conflicto, como todo lo personal tiene un sentido que se alcanza por la senda del compromiso.

El espacio y el tiempo del noviazgo se encuentran muy limitados. Estamos en una rela-

ción que se define más por la intensidad que por la extensividad, es decir, se funda más en lo intenso de la afinidad, que en la extensión real de la convivencia. Los noviazgos se definen por una limitación espacio-temporal, por un tanteo que permite vislumbrar la personalidad del otro, su carácter, sus metas, su jerarquía de valores. Pero no todo consiste en una prospección, sino que también es esencial la «convivencia», que no siempre puede ni debe ser «com-placencia», que muy a menudo debe ser «com-pasión» tanto con el otro amante, como con el resto de la humanidad.

El elemento «compasión» nos lleva necesariamente al compromiso. El compromiso *ad intra* de la pareja expresa la donación integral a la otra persona, la pretensión de colaborar en el proceso de personalización del otro, el deseo de sufrir con el otro para juntos salir adelante, y de compartir los gozos de los momentos agraciados. *Ad extra* el compromiso debe expresarse mediante una actuación, tanto profesional como humanitaria, de forma asociada, cuya opción preferencial sea la compasión con los más desfavorecidos de nuestra sociedad.

Hay una forma de compasión cuyo origen no es tan benigno como el de un mal que procede del exterior de la pareja. En ocasiones, son el malentendido, la incompatibilidad parcial, la negligencia de los amantes, los que causan el conflicto. Como bien observaba Mounier contra las filosofías idealistas y románticas, el amor consiste en un proceso de personalización no necesariamente progresivo. Entre los amantes no existen sólo problemas de adaptación. Entre dos personas, incluso comprometidas en una aventura común como el noviazgo, se dan situaciones de choque, situaciones en las que el otro es más obstáculo que elemento propicio a mi personalización. De la resolución del conflicto depende el futuro de la relación amorosa, ya que en muchas ocasiones se está jugando la libertad de cada una de las personas, frente a los chantajes de corte emocional. Solventar este tipo de problemas supone casi siempre la aceptación y la pedagogía: aceptar los propios errores reflejados en el juicio del

otro, y mostrar la crítica transparentando en ella la intencionalidad amorosa.

El sentido del noviazgo está marcado por la inminencia del matrimonio, ya que supone su culminación: la consolidación del compromiso, el inicio de un camino de convivencia integral y, para los creyentes, el momento de consagrarse conjuntamente a Dios. Pero, siguiendo la división hecha con anterioridad, éste sería tan sólo el sentido *ad intra* del noviazgo. *Ad extra*, el noviazgo, como cualquier comunidad humana, no puede renunciar a la universalidad, a la extroversión, al compromiso con el bien común. Si no se da esta faceta en el noviazgo y el matrimonio se cae irremisiblemente en la degeneración de la pareja como realidad espiritual. Si acontece el conformismo individualista la pareja se limita a ser una realidad funcional o biológica, aspecto que compartimos con el resto de los animales. El proceso de personalización humano exige tal dimensión absolutamente. El lema del noviazgo (y del ma-

trimonio) podría ser: «amar no es mirarse constantemente a los ojos, amar es mirar juntos en las misma dirección».

Desafortunadamente la actualidad del noviazgo habla de una crisis profunda. Ciertamente, es comprensible que la crisis de valores que afecta a todas las esferas de lo humano no repercuta en este tipo de relación. El menoscabo de la generosidad, la entrega, el compromiso, y todas las formas del amor, así como la idolatración de la autonomía y la descontextualización personal de la sexualidad, provocan esta situación. No es importante que los modos de expresarse fácticamente esta relación hayan cambiado. El noviazgo, como la familia o cualquier realidad histórica, está sujeto a este tipo de cambios que no tienen por qué ser nocivos necesariamente. Lo realmente grave es que el noviazgo haya perdido su virtualidad de fundar vigorosamente el matrimonio, de sentar las bases de una relación familiar sana, de generar la atmósfera personalizante que la familia debe encarnar. ■